

lógica muy suya. Según él, el concilio de Trento habría insinuado á la vez el nuevo dogma, y le habría hecho comprender claramente. De este modo el dogma no estaba del todo claro, y, sin embargo, era claro. Palavicini, el historiador del concilio, nos dirá lo que hay de verdad en el asunto.

Cuando se dió lectura del decreto sobre el pecado original, Pacheco pidió que, después de la proposición general que declaraba ese pecado común á todos los hombres, se añadiera esta reserva: "Con relación á la bienaventurada Virgen, el concilio no quiere decidir nada, aun cuando sea una *piadosa creencia* el pensar que ha sido concebida sin el pecado original." La mayoría estaba dispuesta á aceptar la adición, lo cual hubiera sido menos que lo que la bula hace decir al concilio, porque se declaraba expresamente que la cuestión quedaba indecisa: la Inmaculada Concepción no era más que una piadosa creencia, ó, en otros términos, una simple opinión, y de eso á un dogma media un abismo. Pero los dominicanos no querían que se calificase de *piadosa creencia* una devoción que su orden rechazaba absolutamente, y encontraron partidarios entre los obispos. Un prelado italiano habló de la *piadosa creencia* en términos muy poco respetuosos. "Hasta hoy, dijo, la Iglesia ha declarado constantemente que no la ha sido revelada la verdad con respecto á la Concepción de María; pues ¿por qué perder tanto tiempo y trabajo en un asunto que no puede ser de utilidad alguna para los católicos? Lo mejor que podría hacerse sería sepultarle en un eterno silencio, y de este modo poner término á clamores sin objeto y únicamente á propósito para causar escándalo." Esta opinión no fué enteramente aceptada; el aceptarla hubiera sido lastimar á los franciscanos y á todos los amantes de supersticiones. Por lo tanto, se resolvió corregir las expresiones que parecieran favorecer al uno ó al otro partido; y con ese objeto, la comisión de teólogos redactó el decreto como sigue: "El santo concilio declara que por este decreto concerniente al pecado original no ha tenido la intención de comprender á la bienaventurada Virgen María, y que sobre esta cuestión no quiere decidir *al presente* más que lo que ha sido decretado por Sixto I." La palabra *al presente* podría hacer creer que se reservaba consagrar más adelante la Inmaculada Concepción á título de dogma, y se borró la palabra. Los dominicos no

querían ni de presente ni de futuro aceptar la *piadosa creencia* (1). Y nosotros preguntamos ahora: ¿es que un decreto que no decide nada y que ni siquiera reserva la decisión para más tarde puede insinuar el dogma de la Inmaculada Concepción? ¿Puede hacer comprender claramente que ese dogma no era contrario á la Escritura ni á la tradición? Eso es una falsedad moral como otras tantas.

## IV

Por último, la bula invoca la Sagrada Escritura; cita primero las palabras del Génesis: "Yo pondré enemistad entre ti y la mujer, entre tu raza y la suya." Pio IX añade que los Santos Padres enseñan que ese *divino oráculo* designa abierta y claramente á la Virgen María y á su Concepción Inmaculada. Nosotros hemos rechazado ya esa prueba como un contrasentido; pero es peor que eso. Lo que el papa afirma, resulta que no es verdad. De forma que una piadosa mentira sirve de apoyo á una *piadosa creencia*. La bula se limita á una afirmación general. Y el santo padre ha dejado á los comentaristas el cuidado de justificarla: figura entre éstos, y en primera línea, un docto cardenal, monseñor Gousset, el cual cita, en efecto, una gran cantidad de autores; pero falta saber qué valor tienen esas citas. Obsérvese bien que lo que se necesitan son pasajes formales de los Padres, explicando el Génesis en el sentido de la bula, esto es, declarando que aquel *oráculo divino* predijo la Inmaculada Concepción de María. Pues bien, no hay un solo padre que tal diga. Y esto lo ha demostrado el autor de los *Estudios sobre el nuevo dogma* con un verdadero lujo de ciencia. Nosotros no tenemos necesidad sino de hacer un resumen rápido de su excelente trabajo (2).

Inútil es detenerse en San Justino, primer Padre citado por monseñor Gousset, porque no dice nada, absolutamente nada de la cuestión. San Ireneo tiene dos pasajes referentes á las palabras del Génesis, en las que la bula ve un oráculo divino: el Padre griego celebra la *progenitura de la mujer* que aplastó la cabeza de la serpiente. Pero ¿cuál es esa progenitura? ¿Es María? ¿Y María es in-

(1) PALLAVICINI, *Histoire du Concile de Trente*, lib. VII, capítulo VII.

(2) *Études sur le nouveau dogme*, p. 15 et suiv.

maculada? No; es el hombre-Dios, nacido de la mujer, el Hijo de María. San Justino aplica la profecía al Cristo; y en cuanto á María, no la considera más que como Madre de Jesús; pero de su concepción sin mancha no dice una palabra. Tertuliano no hace comentario alguno de aquel texto; por lo tanto es un testigo que nada dice, aun cuando se pretende que ha dicho. Pero hay más. Tertuliano se declara tan claramente como es posible contra la Inmaculada Concepción: "Dios solo, dice, es sin pecado, y el Cristo es el *único hombre* que fué sin pecado, porque el Cristo era Dios." El testigo depone contra el que lo ha presentado.

Hasta aquí no hemos encontrado un texto discutible. Orígenes tiene dos pasajes sobre el Génesis, pero ni en uno ni en otro se trata de María ni de su Inmaculada Concepción. Sin embargo, el cardenal Gousset canta victoria refiriendo las palabras que vamos á copiar: "La Virgen María es la madre del Hijo único de Dios, *Madre inmaculada* de un Hijo santo inmaculado, la única *madre inmaculada*... Ella no fué engañada por las insinuaciones pérfidas de la serpiente, ni inficionada por su venenoso aliento." Y monseñor exclama: "¿Hubiera usado Orígenes de ese lenguaje si hubiese creído á María sujeta al pecado original?" ¡Dios nos asista! El triunfo se cambia en una derrota completa: esas palabras no son de Orígenes, sino de un falsario fabricante de apócrifos. El cardenal podía convencerse de ello á poca costa, hojeando el primer escrito sobre patrología que le viniese á las manos. De modo que á los defensores de la bula no les bastan las falsas interpretaciones, necesitan todavía textos falsos.

No es más afortunado monseñor cuando apela al testimonio de Gregorio el Taumaturgo, de quien cita una homilía que el erudito Møhler declara evidentemente supuesta. ¡Otro apócrifo! ¡Todavía otro falso testimonio para acreditar una verdad revelada! En seguida viene San Efrén. El cardenal cita oraciones por lo menos muy dudosas, cuando lo que se le pedía eran verdaderos comentarios sobre el Génesis. ¿Y qué es lo que dice de María el Padre griego? Que ha aplastado la cabeza del *pérfido dragón*, es decir, que ella ha librado contra él un gran combate, y que con la gracia de Dios ha triunfado durante toda su vida. A haber tenido un poco de prudencia monseñor, hubiera pasado por alto á San Efrén, porque es decidido adversario

de la Inmaculada Concepción. Copiemos el pasaje para demostrar lo que valen las autoridades en que se funda el nuevo dogma: "El Cristo ha nacido de una naturaleza que *no había sido exenta de manchas* y que necesitaba ser purificada con su visita; ha nacido de una Virgen á quien comenzó por purificar, y la purificó cuando el Espíritu Santo vino á ella, y después de purificada, descendió á su seno virginal."

El cardenal es todavía más infeliz al citar á San Epifanio, al que atribuye un sermón tan manifiestamente apócrifo, que el docto padre Petavio, editor de sus obras, declara que las reproduce con mucha pena. ¡Siempre apócrifos, siempre falsos testimonios cuando se trata de una verdad divina! Llegamos á San Ambrosio, el cual ha interpretado amplia y largamente el *oráculo divino*. Si fuese verdad, como dice la bula, que los Santos Padres hubiesen entendido la profecía del Génesis en el sentido de la Inmaculada Concepción, San Ambrosio debería ser uno de los testigos más importantes. Pues bien, en su comentario no hay una sola palabra que haga sospechar que la Virgen fué concebida sin mancha. Hé aquí las únicas palabras que se pueden referir á María: "Aunque la mujer haya sido seducida y aun cuando haya prevaricado, se salvará, sin embargo, engendrando hijos entre los cuales está el Cristo." ¿Quiere eso decir que la Virgen sea inmaculada? Y ¿qué dirá monseñor del pasaje que vamos á copiar? "Entre todos los nacidos de mujer, no hay ninguno perfectamente santo más que el Señor Jesús: *él solo por la manera singular con que ha sido concebido y por el infinito poder de la divina majestad es el que no ha experimentado del contagio del vicio que corrompe la naturaleza humana*." ¿Es este uno de los textos que establecen claramente la Inmaculada Concepción?

Hemos examinado los testimonios de los verdaderos Padres de la Iglesia. Los que quieran saber á qué atenerse con respeto á Máximo de Turin, Andrés de Creta y otros, pueden consultar los *Estudios sobre el nuevo dogma*, y allí encontrarán todavía apócrifos y falsas interpretaciones: encontrarán la enojosa repetición de lo que acabamos de decir y de lo que aun tenemos que añadir. La *salutación angélica* es un digno contrapeso del *divino oráculo*. Bueno que el papa guste de simplezas; pero no le está permitido afirmar que los Santos

Padres han interpretado la salutación del ángel Gabriel como clara señal de la Inmaculada Concepción, cuando eso no es cierto. Monseñor Gousset no deja de decir, á imitación del papa, "que los Padres han invocado las palabras del ángel á María para confirmar al pueblo cristiano en la creencia que ya tenía por la tradición relativamente á la Inmaculada Concepción de la Madre de Dios.", Tantas aserciones como falsedades. El autor de los *Estudios* lo prueba con los textos en la mano (1).

El papa y sus defensores tienen contra ellos el testimonio unánime de los padres y hasta el de los escritores modernos que explican la Escritura. Oigamos al célebre comentarista Macdonald: "Los Santos Padres, dice, han enseñado generalmente que las palabras del ángel á María se dirigen á la Madre de Dios, y que la gracia que él saluda en ella es el mismo Jesucristo. No hay divergencia de opinión entre ellos más que sobre un punto muy secundario: los unos entienden que María ha sido llamada llena de gracia porque ya llevaba en su vientre á Cristo; los otros, porque iba á recibirle.", Este comentario nos dispensa de entrar en más detalles. Notamos solamente que monseñor Gousset cita liturgias que él mismo reconoce ser apócrifas, que alega una epístola de San Dionisio de Alejandría igualmente fabricada, según el testimonio de los patrólogos católicos; que invoca un escrito como del siglo IV, siendo una fabricación del IX; que refiere un sermón apócrifo de San Fulgencio, el cual Fulgencio enseña formalmente que María ha sido concebida en el pecado: otro testigo de cargo contra los autores de la bula. Y lo mismo les sucede con Orígenes, cuyas palabras transcribiremos para edificación de nuestros lectores: "Todo hombre está manchado en su madre y en su padre; sólo mi Señor Jesús ha venido sin mancha á este mundo, sólo él no ha contraído el pecado en el seno de su madre, porque él solo tomó un cuerpo sin la mancha.", Después de estas aserciones, ¿qué pensar de la bula y de sus defensores? El papa hace decir á la Sagrada Escritura lo que no dice, y los Padres que se alegan, ó no dicen nada, ó dicen lo contrario de lo que se les hace decir. En cuanto á los apologistas del nuevo dogma, se ve que amon-tonan apócrifos sobre apócrifos, falsas interpreta-

(1) *Études sur le nouveau dogme*, p. 63 et suiv.

ciones sobre falsas interpretaciones, y el resultado de todas esas falsedades es la *piadosa creencia*. ¡Uno creencia *reve'ada!*

## V

La Iglesia tiene toda clase de revelaciones: la de la Sagrada Escritura, la de los Santos Padres. Tiene también toda clase de tradiciones. ¿Cuál de ellas se invoca en favor de la Inmaculada Concepción? Todas y todas son igualmente falsas. Principiemos por oír al papa, *columna de la verdad*: "Que esta doctrina haya subsistido siempre en la Iglesia como recibida de los antepasados y revestida del carácter de doctrina revelada, lo atestiguan con la mayor fuerza los monumentos más ilustres de la antigüedad, así en la Iglesia oriental como en la occidental.", El papa responde de antemano á los ataques de las oposiciones y de los librepensadores. No es cierto, dice, que la *piadosa creencia* sea un nuevo dogma: "La Iglesia, vigilante guardián y depositaria fiel de los dogmas depositados en su seno, no ha cambiado nunca nada, ni ha quitado, ni ha añadido nada... Se limita á limar y pulimentar lo que ha construido la fe de los Padres; de modo que los antiguos dogmas adquieren evidencia, claridad y precisión.", (1).

El papa afirma, además, que el dogma de la Inmaculada ha estado en vigor desde los tiempos más remotos, y que, particularmente, los Padres y los escritores eclesiásticos le han proclamado á porfía (2). Ya sabemos lo que hay respecto á esa uniformidad de los Padres de la Iglesia en enseñar una creencia que ignoran ó que condenan. Añadamos algunos rasgos para que se toque con el dedo la audacia del llamado *piadoso fraude*. La tradición remonta hasta los apóstoles. ¿La faltan testimonios? Pues se los fabricará. Los teólogos españoles han dado manos á la obra, y han forjado un concilio apostólico en el que se leen los discursos de los apóstoles sobre la Inmaculada Concepción. Es una falsificación en regla, más digna de ser condenada por un tribunal de justicia que por la crítica (3).

(1) La bula *Ineffabilis*, en MALOU, *l'Immaculée*, t. II, p. 512 y siguientes.

(2) La bula *Ineffabilis*, en MALOU, *l'Immaculée*, t. II, páginas 504, 513.

(3) MURATORI, *de Superstitione vitanda*, c. X et XI, páginas 88-75, 80, 81.

Las placas de Granada no valen menos que el concilio de los apóstoles. En 1595 se hicieron excavaciones en una montaña y se encontraron los cuerpos de tres santos discípulos de Santiago; encontráronse, además, placas ó planchas de plomo con caracteres árabes. Los apóstoles que redactaron aquellas inscripciones declaran que la Virgen fué concebida sin pecado. ¡Inmensa alegría en el reino católico! Se celebró con pompa la Inmaculada Concepción; y como los dominicos no quisieran creer en la autenticidad de las milagrosas planchas, el pueblo, amotinado por santos personajes, arrastró por el lodo la imagen de Santo Tomás de Aquino gritando: ¡Sin pecado original! ¡sin pecado original! La falsedad era demasiado estúpida; Inocencio XI la condenó (1).

Esas falsedades son ridículas á fuerza de ser monstruosas. Los defensores modernos de la Inmaculada Concepción se guardan muy bien de reproducirlas. Pero los testimonios que invocan, protestando que los han escogido con rigurosa crítica, ¿tienen acaso más valor? Monseñor Malou dice "que la Iglesia griega es más rica que las otras en monumentos sobre la antigua tradición relativa al gran privilegio de la Madre de Dios.", Y añade que, según ella, la *piadosa creencia* remonta, "ostensible y materialmente, hasta la enseñanza de los apóstoles.", (2). Como se ve, la pretensión del obispo de Brujas es la misma que la del concilio de los apóstoles y de las placas de Granada, y los medios no difieren gran cosa.

Monseñor cita las actas del martirio de San Andrés, escritas en verso el año 80 por los sacerdotes de la Acaya, y asegura que esas actas están reconocidas como auténticas por los críticos católicos y protestantes. El mismo, el docto teólogo, declara que brillan por un carácter incontestable de sinceridad y de verdad (3). ¿Quién creería que un escrito tan ensalzado está desmentido por los escritores más serios de ambas confesiones! Oigámosles á ellos mismos: "Las particularidades de la muerte de San Andrés, dice Tillemont, están descritas más ampliamente en una carta atribuida á los sacerdotes de la Acaya; pero no nos atrevemos á referirnos á ella, siendo de temer que ese sea un do-

(1) DURAND, *l'Infaillibilité pontificale*, p. 306-308.

(2) MALOU, *l'Immaculée*, t. II, p. 30.

(3) MALOU, *l'Immaculée*, t. II, p. 32.

cumento demasiado reciente, tomado de una historia condenada por todos los antiguos y compuesta por herejes.", (1). El benedictino Ceillier es de la misma opinión: "Personas muy discretas, dice, vacilan en creer que esas actas sean originales, y parece que el sentimiento ó la opinión de los que las rechazan en absoluto es la más seguida en el día. En efecto, hay en ese documento tantas señales de novedad que no se puede menos de sospechar que sea supuesto, ó, al menos, que haya perdido mucho de su primitiva pureza... El silencio de los seis ó siete primeros siglos, en los que hubo muchas ocasiones de hablar de esas actas, dicen mucho en favor de su nueva composición, y jamás se persuadirá á nadie que los antiguos, que tantas veces hicieron mención de muchas actas falsas de San Andrés, se olvidaran de hablar de las que hoy se nos dan como verdaderas si las hubiesen conocido.", El argumento no tiene réplica. Por eso los patrólogos modernos no se toman ya el trabajo ni aun de hablar de esas actas que en tanta estimación tiene monseñor Malou. En cuanto á los escritores protestantes, en que también se apoya el obispo de Brujas, casi todos declaran apócrifas las actas, en términos bien poco respetuosos para los falsificadores: es un piadoso fraude, dice Cavé, digno de la inepticia de los monjes que le han fabricado (2).

Nos hemos detenido en ese primer testimonio ostensible y material en favor de la piadosa creencia, y se reduce á un apócrifo ostensible y material. ¿Qué se puede decir de la audacia de un obispo que se pone á citarle como auténtico, y á prevalerse de la autoridad de los críticos católicos y protestantes, siendo así que le impugnan Tillemont, Ceillier, Mœhler, Cavé, Rivet y Tischendorf? San Efrén es también un testigo ostensible y material. Pues uno de los pasajes citados por monseñor Malou es apócrifo, y el otro no prueba nada ni puede probar, porque el Padre griego es decididamente contrario á la Inmaculada Concepción, ó, por mejor decir, ignora la *piadosa creencia*, como todos los antiguos doctores. Hé aquí lo que dice San Efrén haciendo hablar á la Virgen: "¿Qué diré yo que eres, oh Jesús! ¿Te llamaré mi hijo, mi hermano, mi esposo ó mi Señor, tú que has rege-

(1) TILLEMONT, *Mémoires pour servir à l'histoire ecclésiastique*, t. I, p. 337.

(2) Véanse las pruebas en DURAND, *l'Infaillibilité papale*, página 463.

nerado á tu madre haciéndola renacer por el bautismo?... Yo he venido á ser tu esposa después que me has santificado por tu gracia; yo soy tu servidora y tu hija por el agua y la sangre con que me has rescatado á costa de tu muerte... ¡Hé aquí lo que monseñor Malou llama un testimonio ostensible y material de la gran antigüedad de la piadosa creencia! Entre los Padres que proclaman á porfía el dogma de la Inmaculada Concepción, cita monseñor Malou á Proclo, discípulo de San Juan Crisóstomo y patriarca de Constantinopla: "Se concibe, dice él, cuán grande es la autoridad de un hombre tan docto y de tan alta dignidad en la Iglesia.", Arroja, añade, una luz deslumbrante sobre la doctrina de su maestro. Pues esa luz deslumbrante viene de un apócrifo. Ceillier dice que es un largo y enojoso diálogo entre José y María sobre la preñez de ésta. Un crítico alemán lo trata de absurdo. ¡Y hé ahí otro testimonio ostensible y material de la antigüedad de la piadosa creencia! Esos testimonios tienen la ventaja de poderse multiplicar hasta lo infinito, así como la moneda falsa, sólo que para los monederos falsos hay un tropiezo, cual es el código penal. Pero la conciencia pública debe ser un juez no menos temible para los que fabrican piadosos fraudes y falsos dogmas. ¿Hay un crimen más negro que la falsificación de Fausto, abad de Lerins? El cardenal Gousset cita el texto siguiente: "María ha sido santificada en su Concepción; ha sido concebida exenta de todo pecado.", Las últimas frases parecen decisivas, y monseñor Gousset las da como auténticas. ¡Pues son falsas! Perrone llama á eso un fraude piadoso de algún devoto á la Virgen. ¡Cuántos horrores en pocas palabras! ¡Con que el fraude se convierte en piedad! ¡Y la devoción á la Virgen inspira la falsificación de un escrito! ¡Y la superstición conduce al crimen y lo excusa y lo santifica!

Hemos dicho que monseñor Malou afecta rechazar todas las pruebas sospechosas, y que se comprometió á no citar más que autoridades incontestables. Hoy le vemos citando apócrifos por dogmas. Y aun ha hecho más: ha falseado la traducción. El autor de los *Estudios sobre el nuevo dogma de la Inmaculada* dice que el obispo de Brujas añade más de sesenta veces la palabra *Inmaculada* á la palabra *Concepción*, lo cual desnaturaliza completamente el sentido de los pasajes, porque refiriéndose á la fiesta de la Concepción,

fiesta que por sí misma no tiene nada que ver con la mancha original, los pasajes se convierten en una prueba, cuando á la celebración de la fiesta de la Concepción se añade *Inmaculada*, como lo hace creer monseñor añadiendo la palabra. Por consiguiente, sesenta fraudes piadosos cometidos por un obispo para establecer un dogma revelado (1). Y no queremos hablar de las traducciones que obligan á decir al autor más de lo que dice, ó cosa diferente de lo que dice, porque esos pequeños fraudes son innumerables (2).

#### N.º 4.—Apreciación.

##### I

Nuestro siglo es razonador á despecho de la reacción religiosa, y se pregunta por qué el papa ha promulgado el dogma de la Inmaculada cuando sus predecesores se habían negado á ello durante tantos siglos. No han faltado respuestas en el campo ortodoxo, y en verdad que son tan curiosas como la piadosa creencia. Pio IX dijo á los cardenales: "Hemos proclamado á la Santísima Virgen exenta de pecado original, con gran júbilo de nuestra parte y en medio de vuestros plácemes. Seguramente que es un glorioso privilegio, y que convenia de lleno á la Madre de Dios, el de haber escapado sana y salva del desastre universal de nuestra raza. La magnitud de ese privilegio servirá poderosamente á refutar á los que pretenden que la naturaleza humana no ha sufrido detrimento por efecto de la primera falta, y á los que exageran las fuerzas de la razón para negar ó disminuir el beneficio de la religión revelada," (3). ¡Qué duda tiene! ¡Ha sido necesario que un infalible declare que la razón será poderosamente combatida por la sinrazón para que se le crea! Llegará un día en que se lean con verdadero asombro las palabras que acabamos de citar. Los racionalistas no admiten el pecado original, porque repugna á la razón y á la conciencia. Pues van á ser convertidos tan luego como el papa haya proclamado de lo alto del Vaticano que un ángel imaginario ha anunciado á una

(1) *Études sur le nouveau dogme*, p. 213.

(2) Véase lo que cita DURAND en su obra antes citada, páginas 100, 103, 117, 147, 319, 322, 381, 481, 527 y 539.

(3) Alocución de Pio IX en el consistorio del 9 de Diciembre de 1854 (*Journal historique et littéraire*, t. XXI, p. 489).

Virgen imaginaria que está exenta de un pecado imaginario.

Los obispos de la cristiandad reunidos en Roma aplaudieron la piadosa creencia, porque tienen esperanzas é ilusiones no menos extrañas que las de que se alimenta Su Santidad. El uno espera el socorro de María para vencer al monstruo horrible que la Europa vislumbró en 1848 (1). Desgraciadamente, los socialistas son todavía más difíciles de convencer que los racionalistas. Entre éstos los hay que mantienen la religión, mientras que los otros la rechazan: reclaman los goces de la tierra, y se burlan del infierno y del cielo; pero es evidente que van á renunciar á sus concupiscencias tan luego como sepan que el ángel Gabriel anunció á la Virgen que estaba concebida sin mancha. Si las momias que reposan en las pirámides corroboran la palabra, no hablarían más irracionalmente que lo hacen las momias romanas. Hay obispo que saluda la definición pronunciada por Su Santidad como un arma invencible contra los enemigos del reino de Jesucristo, y hay otro que espera que la decisión de la santa sede caerá como un rayo sobre el mundo incrédulo (2). Se dice que la fe transporta las montañas. Si, con la imaginación. En realidad, las montañas se quedan donde están (a). ¿Dónde está el enemigo de Jesucristo, dónde el incrédulo, que se hayan convertido merced á la Inmaculada Concepción? Hemos citado un católico sincero que, queriendo profundizar la tradición en que se apoya la piadosa creencia, se hizo librepensador. Tal es el efecto inevitable que un dogma, así fabricado, debe producir en entendimientos serios. ¿Cómo creer en la divinidad de una Iglesia que forja dogmas con fraudes piadosos y piadosas mentiras?

Oigamos ahora á los apologistas de la piadosa creencia. Laforet nos dice que cuando se proclamó el dogma, hubo en la Iglesia como un estremecimiento celeste, mientras que los incrédulos se vieron atacados de estupor (3). Nosotros no tenemos ningún título para negar los estremecimientos

de la Iglesia, pero se nos cuenta entre los incrédulos. Y en este concepto, podemos asegurar que no sabemos nada del *estupor* causado por la bula; lejos de eso, entre los incrédulos, los unos se encogen de hombros, los otros se divierten con la piadosa creencia, y los más serios, los que hacen una guerra á muerte al cristianismo tradicional, se complacen repitiendo con el poeta: A los que Júpiter quiere perder, los ciega.

No es *estupor*, dice monseñor Malou, lo que ha producido en el mundo incrédulo la definición de la Inmaculada. Lo que ha excitado es un sentimiento de *despecho* y de *desprecio* (1). No, monseñor, ni *estupor* ni *despecho*, ni tampoco *desprecio*; más bien se mezcla á la alegría la compasión, al menos entre aquellos incrédulos que conservan el amor á la humanidad. Cuando vais á visitar una casa de dementes, ¿sentís acaso desprecio á los desgraciados que han perdido la luz de la razón? Al contrario, os sentís movidos de compasión y deploráis la miserable condición humana. En cuanto al *despecho*, no penséis en ello, monseñor; como el francés no es vuestro idioma materno, sin duda os habéis equivocado en la palabra. Lo que habéis querido decir es indignación. Y, en efecto, se experimenta una santa indignación cuando se ven hombres que se llaman inspirados por el Espíritu Santo, hombres á quienes venera el pueblo como ungidos del Señor, abusando de la influencia que ejercen sobre las almas crédulas para engrosar el velo de la ignorancia y de la superstición. Ese es el sentimiento que nos anima, el mismo que á los pocos opositores que han tenido el valor de protestar contra una Iglesia que parece tiene por fin el explotar la bestialidad humana.

Pero también la Inmaculada Concepción tiene su filosofía. "Uno de los errores fatales de nuestra época, dice monseñor Malou, es creer que los dogmas acaban y que la Iglesia se va.", Ahora bien, promulgando el dogma de la Inmaculada Concepción, "la Iglesia ha probado que vive y que Dios está sensiblemente con ella," (2). ¿Quiénes son los que dicen que los dogmas se van? Los filósofos. ¿Y por qué lo dicen? Porque se pierde la fe en lo sobrenatural. Ya no se cree en un Dios hecho hombre, porque ya no puede creerse en eso. Los mila-

(1) MALOU, *l'Immaculée*, t. II, p. 396.

(2) MALOU, *l'Immaculée*, t. II, p. 398, 399.

(a) No es de extrañar, dadas las aficiones y tendencias vóltarianas de Laurent, que ni conozca ni crea los prodigios que hace la fe. Pero también poco debe tener pretensiones de conocer la locura del Cristo y la verdadera espiritualidad de su doctrina.—(N. del T.)

(3) LAFORÉ, *le Dogme catholique*, t. III, p. 19.

(1) MALOU, *l'Immaculée*, t. II, p. 242.

(2) MALOU, *l'Immaculée*, t. II, p. 409.